

- Señor..... estais servido.
—Bien está,—replicó Negromonte,— os doy las gracias.
—Mandais otra cosa?
—Nada; podeis iros.
El hombre aquel volvió á inclinarse, y desapareció.
Aquel hombre era Fray Roque.

SEIS HORAS DE PRISION.

Al día siguiente reinaba en la ciudad una agitacion espantosa. Todas las casas se cerraban; los puestos del mercado se levantaban á toda prisa; los vecinos corrian á refugiarse con la misma premura que si les amenazase un chubasco; no se oían por las calles, sino carreras, gritos de alarma, lloros de niños y mujeres, y toquidos desesperados en las puertas. A la voz de *quién?* pronunciada tras de los zaguanes con un acento trémulo de pavor, replicaba otra voz desde afuera: *abre!* que parecia salir de una fosa del cementerio. Entonces por un extremo de la calle se escuchaba rumor de caballerías. Un nuevo grupo de vecinos aparecia, buscando un punto por donde escaparse; ondulaba un momento, y se desparramaba; pero en el otro extremo se dejaban oír otros rumores siniestros, y entonces el grupo se apiñaba contra las paredes, dando alaridos de terror que penetraban en las casas, haciendo temblar á los de adentro.

Corría la voz de que Rodrigo de Paz estaba preso, y que sus tropas, capitaneadas por Arróyave, se disponían á dar una batalla á las de Estrada y Albornoz, mandadas por Francisco de Medina.

En efecto, en la mañana, poco antes de que despuntara el día, Rodrigo de Paz habia sido sorprendido en su lecho y conducido con cadenas en las manos á la casa de Salazar, donde quedaba custodiado por mas de cien arcabuceros de las fuerzas de Estrada.

Arróyave, selecto capitán, en quien Rodrigo de Paz tenia depositada su confianza; enemigo acérrimo de los gobernadores; deseoso siempre de un pretexto cualquiera para combatirlos, y mas deseoso todavía de colocar en el poder á Paz, que era la esperanza de sus ambiciones, habia repartido á sus arcabuceros en los principales edificios de la ciudad, y preparaba sus ginetes para dar una carga á los que custodiaban á Rodrigo.

Al mismo tiempo los gobernadores pasaban revista en los patios de la fortaleza á mas de 350 lanzas. Y Gonzalo de Ocampo, fuerte con 200 alabarderos y 6 piezas de grueso calibre, se encaminaba á reforzar la guardia de Medina.

Ya los botafuegos humeaban. Esperábase ver aparecer el primer reflejo de los arneses de los caballeros de Arróyave, para poner fuego á la mecha y saludarlos con la metralla.

Entretanto, el amigo de Paz, emboscado en la calle que hace esquina con la que ocupaban los de Ocampo, se detenía un momento arengando á sus tropas, ya impacientes por el combate. En esto se oye á lo lejos el galope de un caballo; todas las cabezas se vuelven hácia el punto donde suena el redoble de las herraduras, y ven llegar á un hom-

bre que, levantando el brazo, muestra algo que parece un pliego, y grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—Detenéos, señores! detenéos! vengo de parte de mi señor D. Rodrigo de Paz! traigo órdenes tuyas.

Arróyave desdobló el pergamino, leyó, y su semblante se puso como el mármol. Luego envainó su acero, cuya punta no halló por largo rato la entrada de la vaina, y volviéndose al portador de la órden, le dijo disimulando mal su cólera:

—Decidle á mi señor que será obedecido.

El otro partió con la respuesta, y Arróyave se levantó sobre los estribos, y dijo á las tropas:

—Camaradas, felicito á todos aquellos de vosotros que debían ser muertos en la refriega. Mi señor D. Rodrigo de Paz nos manda que nos retiremos. Él sabe lo que hace..... vámonos!

Los ginetes comenzaron á desfilar. Al caer la tarde la ciudad volvía á entrar en calma.

Veamos lo que habia sucedido.

Rodrigo de Paz, no vuelto aún de la sorpresa de verse repentinamente encadenado, se hallaba sentado en un sitial, oyendo las pisadas de un alabardero que se paseaba lentamente por la pieza, cumpliendo con las leyes de la mas estricta y respetuosa vigilancia.

Aquel alabardero tenia órden de matar á Rodrigo de Paz, al oír los primeros disparos.

De súbito se abre una mampara, y da paso á Salazar y á Pero Alminde Chirinos. Rodrigo de Paz los saluda con una mirada de coraje; les lanza algunos improperios, y procura en vano quebrantar sus cadenas y arrojarse sobre los dos azorados gobernadores. Estos permanecen en pié á

cierta distancia, mostrando en su ademán la conmiseración y el respeto.

—Qué tal?..... les grita Rodrigo; ¡sois cobardes y malos caballeros, y astutos felones! Habéisme cubierto de ultraje..... pero ignorais que voy á hacer un raro escarmiento. Si un segundo mas dilatais en libertarme de estas prisiones, juro á Dios que Arróyave y Francisco de Medina inundarán en sangre vuestra mis cadenas!.....

—Señor!..... dijo Salazar.

—Ea! ya os digo que la pasareis mal si Estrada y Albornoz saben que me sujetais á esta afrenta.

—Señor..... ¿quereis serenaros y escucharme?—dijo Salazar,—Errado vais, señor, si acaso creéis que somos causa de este ultraje, que á nosotros tambien nos lastima y afrenta..... Ahí pronunciais dos ó tres nombres..... que.....

—Que os harán temblar, caballeros.

—Que debíais no pronunciar ya mas; porque esas gentes son las que os han traicionado.....

—Vais á engañarme?

—No tal, replicó Salazar, venimos á exponer la vida para libertaros.

—Vosotros!

—Nosotros.

Rodrigo de Paz clavó una mirada de incredulidad y de sorpresa en los ojos de Salazar. Este permaneció impasible; poco despues continuó:

—Sí, nosotros; ha tiempo que nos dan aviso sobre aviso, acerca de la infame conspiración que urden contra vos esos que teneis por amigos. Ha tiempo que Estrada, Zuazo y Albornoz, prevaliéndose de esa penosa situación en que

nos vemos colocados, nos constriñen con sus amenazas á firmar esta orden que debia privaros de la libertad, y mas tarde causar vuestra ruina. Hemos sufrido nuestra indignación en silencio. Si uno de nosotros se hubiera atrevido á daros la voz de alarma, estad cierto de que hoy no tendríais aquí dos hombres que arrostrasen los peligros de la denuncia por venir á desatar vuestros lazos. Hemos firmado, porque así era el mejor medio de quedar libres para sacrificar nuestra libertad, y si fuese preciso nuestra vida, por defenderos.... Ah, señor! aun suponiendo que nosotros tuviéramos un interes cualquiera en vuestra perdición, ¿con qué medios contábamos para aventurarnos en tamaña empresa? quién mejor que vos conoce aqúeste nuestro miserable estado? quién nos hubiera obedecido? y á quién se ocultaria que Arróyave y los numerosos amigos que os rodean arrasarian nuestras casas y segarian nuestras cabezas? quién nos defenderia? dónde está nuestra fuerza? En todo caso, la prudencia dictaba que esperásemos á Benavides, si es que algo valen las desherrapadas turbas de ese hombre, en presencia de vuestros soberbios caballeros.....

Rodrigo de Paz, casi rendido á la evidencia de estas últimas razones de Salazar, comenzó á calmarse visiblemente.

—Pero no creo,—repuso,—que Estrada y Albornoz sean cómplices de esta villanía.

—Señor Pero Almindes,—dijo Salazar volviéndose á Chirinos;—dadme la orden.

Chirinos sacó el pliego, y Salazar le presentó á Rodrigo de Paz, que se quedó asombrado al ver las firmas del contador y el tesorero.

—Ahora,—dijo Salazar, mientras Paz no cesaba de con-

templar las firmas;—estad cierto, señor Paz, de que vamos á reportar todas las consecuencias de nuestra accion; pero permitid que os desate..... sois libre.....

—Bien,—dijo Rodrigo de Paz con acento sombrío;—no me admiro..... casi habia previsto una cosa de estas..... ya lo veremos. Ahora, señores, perdonad el indigno lenguaje con que os he ofendido en un momento de locura. No habia reparado en que vosotros, por mas que fuera vuestra audacia, no teneis los elementos necesarios para apoyar un golpe de esta clase. Os doy las gracias.

—Señor, dijo Chirinos, yo desearia que no atribuyeseis á mis odios de partido una súplica que voy á haceros.....

—Hablad, replicó Paz.

—Es..... que ansiamos seguir siendo útiles á vuestra causa.....

—Bien; lo sereis, y esa será la prueba que yo pensaba exigiros para convencerme de vuestra inocencia.....

—Por ahora, señor, dijo Salazar, os pedimos que eviteis el conflicto ya inútil con vuestra libertad.....

—Ah! sí..... dadme un pedazo de papiro y una pluma.

Salazar presentó á Rodrigo de Paz lo que habia pedido, y el alguacil mayor escribió la orden que hemos visto leer al capitan Arróyave.

Que dirá de qué modo terminó el gobierno de Estrada,
Zuazo y Albornoz.

CONOCIDA por nuestros lectores la intriga que dió origen á la prision de Rodrigo de Paz, y no siéndonos posible pormenorizar todos los hechos que siguieron á este atentado, pues nos quedan por referir otros muchos, dejaremos que un historiador nos cuente, con su estilo rápido y curioso, lo que necesitamos conocer antes de continuar nuestro relato.

El historiador dice así:

«El conocimiento de Salazar y Chirinos no fué tan secreto que entretanto no lo barruntaran los tres gobernadores: por eso al siguiente dia, habiendo concurrido (al cabildo), les dieron en cara con su traicion, en estos términos: «Con capa de amistad nos habeis engañado: á nuestras expensas habeis comprado la de Paz: gran premio, á fe de caballero, obtendreis de esta maldad.» Luego que Salazar y Chirinos oyeron esta repension tan ágría, enmudecieron algun tanto; pero Salazar, haciendo del ingénuo, trajo á